

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Habitación en la Posada de La Liga.

Entran FÁLSTAF y CELESTINA.

FÁL. ¡Por favor! Basta ya de charla. Idos. Iré. Esta es la tercera vez. Espero que el número impar me traiga suerte. ¡Largo, idos! Dicen que hay magia en los impares y que influyen en el natalicio, en el juego y en la muerte. ¡Largo!

CEL. Os procuraré una cadena, y haré cuanto pueda para traeros un par de cuernos.

FÁL. ¡Largo, largo! El tiempo vuela. Levantad esa cabeza, y á pavonearos. (Vase Celestina.)

Entra VADERA disfrazado.

¡Hola, señor de Arroyo! Señor de Arroyo, el asunto quedará despejado esta noche ó nunca. Estad en el parque á eso de la media noche, junto á la encina de Hernes, y veréis maravillas.

VAD. ¿No fuisteis á verla ayer, de conformidad con la cita de que me hablasteis?

FÁL. Fuí, señor de Arroyo, pobre viejo como me

veis, pero en pobre vieja salí convertido. Ese canalla de Vadera, su marido, tiene dentro del cuerpo el diablo más sutil, más demente y más celoso que ha provocado jamás el frenesí en ser humano. Os contaré: me zurró tremendamente estando yo en forma de mujer, porque en forma de hombre, señor de Arroyo, no temo yo ni al gigante Goliat con un enjullo, porque me consta que la vida pasa cual lanzadera. Tengo prisa. Acompañadme. Todo os lo contaré, señor de Arroyo. Desde que pelaba pollos, hacía rabonas y jugaba al trompo, no he sabido qué es recibir una paliza hasta ahora. Seguidme, y os narraré raras cosas de ese bribón de Vadera, de quien me vengaré esta noche, y cuya mujer os entregaré. Seguidme. Extraños asuntos traemos entre manos, señor de Arroyo. Seguidme. (Vanse.)

ESCENA II

El parque de Windsor.

Entran PAJE, SOMERO y ENJUTO.

PAJE. ¡Vamos, vamos! Nos ocultaremos en el foso del castillo hasta que veamos las luces de nuestros duendes. Acuérdate, yerno Enjuto, de cómo va vestida mi hija.

ENJ. Sí, señor. He hablado con ella, y tenemos palabras convenidas para conocernos. Yo me acercaré á ella, y le diré «calla», y ella me contestará «chito», y así nos conoceremos.

SOM. Está bien; pero ¿qué falta hace tu «calla» y su «chito»? El ir de blanco es distintivo suficiente. Ya han dado las diez.

PAJE. La noche está obscura. Lucecillas y fantasmas le cuadran. Proteja el cielo nuestra broma. Solamente el demonio es el que quiere el mal, y por sus cuernos lo conoceremos. ¡Vámonos! ¡Seguidme! (Vanse.)

ESCENA III

Una calle que da al parque.

Entran MARGARITA, ALICIA y CAYO.

MAR. Señor Doctor, mi hija va vestida de verde. En oportuno instante cogedla de la mano, y huíd con ella al Deanato, y despachad pronto. Adelantaos, é id al parque. Nosotras dos tenemos que ir juntas.

CAYO. Sé lo que debo yo hacer. Adieu!

MAR. ¡Id con Dios! (Vase Cayo.)

No gozará tanto con el chasco de Fálstaf mi marido como rabiará porque el doctor Cayo se haya casado con Anita. Pero no importa. Más vale leve engaño que gran disgusto.

ALIC. ¿Dónde está Anita y su enjambre de duendes? ¿Y el diablo tartajoso de Sir Hugo?

MAR. Todos están ocultos en un foso próximo á la encina de Hernes, provistos de linternas sordas, cuyas pantallas correrán, alumbrando la noche en el momento mismo en que nos encontremos con Fálstaf.

ALIC. Eso forzosamente lo espantará.

MAR. Aunque no se espante, nos burlaremos de él, y si se espanta, también de él nos burlaremos.

ALIC. Lo engañaremos lindamente.

MAR. Cuando se ataca el vicio y la lujuria,
El engañar no constituye injuria.

ALIC. La hora se acerca. ¡A la encina, á la encina!

ESCENA IV

El parque de Windsor.

Entran ÉVANS disfrazado de SÁTIRO, ANA y otros disfrazados de duendes.

Év. Tragos, ¡brintad, brintad! Vamos, y atordaos de vuestros respectivos papeles. Por favor. ¡Ton brío! Seguidme, al foso y tuando yo avise, haced lo te os diga. Vamos, vamos, ¡brintad, brintad! (Vanse.)

ESCENA V

Otra parte del parque.

Entra FÁLSTAF disfrazado de HERNES, con cuernos de ciervo en la cabeza.

FÁL. En el reloj do Wíndsor han dado ya las doce. Llega el preciso instante. Ahora, dioses de sangre ardiente, amparadme. Acuérdate, Jove, de que por tu Europa, en toro te transformaste, y que el amor se asentó sobre tus cuernos. ¡Oh poder del amor! A la bestia transformas á veces en hombre, y otras al hombre en bestia. Cisne también fuiste tú, Júpiter, por amor á Leda. ¡Omnipotente amor! ¡Cuánto se aproximó un Dios á un ganso! Delito cometido primero en forma de bestia, ¡oh Júpiter, delito bestial, y luego en forma de ave!, ¡Avieso delito! Mas si los dioses tienen entrañas tan ardientes, ¿qué no nos pasará á nosotros, míseros mortales? En cuanto á mí, aquí estoy yo convertido en ciervo de Wíndsor, y de seguro el más granado del bosque. Dame ¡oh Júpiter! fresca brama. ¿Quién viene aquí? Mi cierva?

Entran ALICIA y MARGARITA.

ALIC. Barón, ¿estáis ahí, «siervo» mío; mi «siervo» macho.

FÁL. Mi cierva, la de la negra cola. Que llueva el cielo batatas. Que truene al compás de la canción de «Mangas verdes». Caigan almendras confitadas en vez de granizos, y cardos corredores en lugar de nieve. Ruja provocativa tempestad. Aquí me amparo. (Abrazándola.)

ALIC. Margarita viene conmigo, amor mío.

FÁL. Repartidme como ciervo regalado. Cada una, una pata. Yo me guardaré las costillas. Las espaldas para el guardabosque, y lego y endono á vuestros maridos mis cuernos. ¡Si seré yo montero, vaya! ¿No hablo como Hernes el cazador? Ahora sostengo yo que Cupido es persona de conciencia. Indemniza. A fe de leal fantasma, bienvenidas. (Ruido dentro.)

MAR. Dios mío, ¿qué ruido es ése?

ALIC. Perdónenos el Señor nuestros pecados.

FÁL. ¿Qué es esto?

MAR. }
ALIC. } Vámonos, vámonos. (Huyen.)

FÁL. Paréceme que el diablo se opone á que me condene, temeroso de que mi grasa ocasione conflagración en el infierno; pues, si no, no me contrariaría de este modo.

Entran, ÉVANS disfrazado de Sátiro, uno de Hujier de las Hadas, ANA PAJE de Reina de las Hadas con su hermano y otros vestidos de duendes y con cirios encendidos.

ANA. Negras, grisáceas, verdes, blancas hadas,
¡Oh sombras, que de noche congregadas,
A la luz de la luna os solazáis!

Huérfanas que heredáis
 Por una eternidad destino amargo,
 Cumplid vuestra misión y vuestro cargo.
 Llama á los duendes, Trasgoregonero.

HUJ. Silencio, duendes, y pasemos lista,
 Seres sùtiles. Grillo, tú, ligero
 De Wíndsor, pasa á cada hogar revista;
 Si alguno sin barrer y descuidado
 Se presenta á tu vista,
 Pellizca á la doncella de contado,
 Y aun ponla verde. Nuestra reina hermosa
 Detesta á la fregona perezosa.

FÁL. ¡Estos son duendes! Si les hablo, muero.
 Me haré el dormido. Ni aun mirarlos quiero.

(Se acuesta boca abajo.)

Év. ¿Y mostacilla? Tú, si ves doncella
 Te sus nocturnas preces
 Ha rezado tres veces,
 Refrena al punto el pensamiento en ella,
 Á fin de te se duerma destansada,
 Tomo duerme la infancia destuidada;
 Mas, si durmiendo pillas
 Á la te nunta piensa en sus petados,
 Pellízcale las nalgas y espinillas,
 Brazos, piernas, espaldas y tostados.

ANA. Id, id, y recorred por dentro y fuera
 El castillo de Wíndsor. Buena suerte,
 Trasgos, verted por la mansión entera.
 Que hasta el Juicio final se encumbre fuerte,
 Cual cuadra con la gloria del estado:
 Del dueño digno como de él el dueño.
 Restregad del estrado,
 En amoroso empeño,

Con bálsamo y con flores aromadas
 Las sillas del capítulo sagradas,
 Para que en cada recepción que hubiere,
 Todo escudo ó cimera,
 Como blasón leal bendito fuere.
 Hadas de la pradera,
 Cantando alegres, vuestra danza siga
 Sobre el césped, hollándolo de modo
 Que un círculo formando como liga,
 Más verde al alba esté que el campo todo;
 Y el *Honi soit qui mal y pense* lo tracen
 Mechones de esmeralda, que entrelacen
 Purpúreas, blancas y azuladas flores,
 Cual perlas y zafiros brilladores,
 En la liga riquísima bordada
 Que el noble ostenta en la rodilla hincada.
 Con flores á escribir el hada atina.
 ¡Idos, pues! ¡Dispersaos! Mas debemos
 Antes bailar aquí, no lo olvidemos,
 En torno de la encina
 De Hernes el cazador, hasta la una.
 Permitidme te en círtulo os reuna.
 Todos al árbol setular cirtunden.
 Mientras veinte luciérnagas difunden
 Su tibia luz, bailemos.
 Mas tietos. Novedad atí tenemos.
 Á un ser del mundo terrenal me ha olido.
 ¡Gusano vil, naciste maldecido!
 Á la prueba del fuego
 Es necesario someterlo luego.
 De cada dedo á la sensible yema,
 Fuego aplicad; si es casto,
 Ser no podrá de nuestras llamas pasto;
 Mas, si brinca y se quema

Év.

Huj.

ANA.

Y no las puede soportar sereno,
Prueba es que tiene corazón de cieno.

HUJ. ¡La prueba!

ÉV. ¡Vamos! ¿Y este leño arde?

(Queman á Fálstaf con los cirios.)

FÁL. ¡Ay, ay, ay!

ANA. ¡Es alma corrompida, corrompida,
Que de vicios inmundos hace alarde!
¡Trasgos, á él, bailando con medida
Y cantando á compás canción burlesca
Sigamos, pellizcándole, la gresca!

(Canción.)

Malhaya pasión que afrenta,
Malhaya la vil lujuria,
Llama indigna que, con furia
El corazón alimenta.
La impureza en él la enciende;
La imaginación la aventá;
Y la hoguera se acrecienta
Y se agiganta y extiende.
¡Pellizcadle, trasgos! Á él, y á porfía
Pellizcadle, y purgue su gran villanía.
¡Quemadle, quemadle sin lástima alguna
Mientras luz den cirios, estrellas ó luna!

(Mientras dura la canción, los duendes pellizcan á Fálstaf. El doctor Cayo entra por un lado y se lleva á un duende vestido de verde. Enjuto entra por otro lado y se lleva á otro vestido de blanco, y Fénton entra y se lleva á Ana. Se oye ruido de cazadores. Los duendes huyen. Fálstaf se quita los cuernos y se levanta.)

Entran PAJE, VADERA, MARGARITA y ALICIA.
(Detienen á Fálstaf.)

PAJE. ¡No tal, no huyáis! Al fin estáis cogido.
¿Preciso os era el apelar á Hernes?

MAR. ¡Vamos, no más! ¡Acábase la broma!
¿Os agradan, barón, las windsoreñas?
¿No veis á estos maridos? ¿Esos cuernos
No cuadran más que á la ciudad al bosque?

VAD. ¡Señor mío! Veamos quién es ahora el cornudo. ¡Señor de Arroyo, Fálstaf es un bribón, un canalla corníjero! Aquí tenéis sus cuernos, señor de Arroyo; y, señor de Arroyo, lo único que de la pertenencia del señor de Vadera ha gozado, ha sido su canasta de colar, su bastón y veinte libras en dinero que tiene que pagar al señor de Arroyo. Para lo cual, señor de Arroyo, embargados están sus caballos.

ALIC. ¡Mala suerte hemos tenido, señor barón! Jamás pudimos reunirnos. Nunca os recibiré como amante, pero siempre os consideraré mi «siervo».

FÁL. Comienzo á comprender que he hecho el papel de jumento.

VAD. Verdad, y aun de buey. Patente está la prueba.

FÁL. ¿Conque no eran duendes? Tres ó cuatro veces creí que no lo eran; pero los retortijones de mi conciencia y la sorpresa de mis facultades hiciéronme creer, á pesar de lo grosero de la farsa, y sin ton ni son ni razón alguna, que eran verdaderos trasgos. Véase, pues, cómo una persona racional puede convertirse en un Juan de las Viñas cuando anda en malos pasos.

ÉV. ¡Barón de Fálstaf, servid á Dios, y dejaos de liviandades y no os pelliztarán los duendes!

VAD. ¡Bien dicho, trasgo Hugo!

ÉV. ¡Y vos también, dejad de ser celoso!

VAD. Volveré á desconfiar de mi mujer sólo cuando podáis vos cortejarla pronunciando correctamente.

FÁL. ¿Conque, por lo visto, puse á secar mis sesos al sol; pues no quedó en ellos jugo bastante para evitar tan grosero engaño? ¿Y hasta un galés tartajoso se me sube á las barbas? ¿Me van á fabricar en Gales mi caperuza de tonto? Tiempo es ya de que me ahoguen en queso.

ÉV. El teso no va bien ton la manteta, y vuestro tuerpo es todo manteta.

FÁL. «Teso y manteta.» ¡Haber vivido para soportar burlas de quien hace picadillo de la lengua! Esto basta para que venga á menos la crápula y el trasnochar en todo el reino.

MAR. Pero, señor barón, ¿creéis que aun cuando hubiésemos sacado del alma nuestra virtud, y, cogiéndola en brazos, la hubiésemos arrojado por la ventana, dedicándonos luego sin escrúpulo alguno á servir al infierno, que el diablo mismo pudiera jamás haberos convertido en deleite nuestro?

VAD. ¡Pues! Una pelota. Una bala de lino.

MAR. ¡Un hombre soplado!

PAJE. ¡Viejo, yerto, marchito y de malas entrañas!

VAD. ¡Y más calumniador que Satanás!

PAJE. ¡Y más pobre que Job!

VAD. ¡Y más malo que la mujer del mismo!

ÉV. ¡Y dado á la trápula, y á las tabernas, y al Jerez seto, y al vino dulce, y al ponche, y á toda tlase de bebidas, y á jurar, y á desvergonzarse, y á patatín, y á patatán!

FÁL. ¡Está bien! Soy vuestro tema. Me cogisteis la delantera. Estoy apabullado. Ni siquiera puedo habérmelas con burdo paño galés. La necedad misma es pro-

funda sonda comparada conmigo. ¡Haced de mí lo que gustéis!

VAD. ¡Vaya! Os llevaremos á Wínsor á ver á un tal Arroyo, á quien habéis estafado, y de quien hubierais sido tercero; y, á más de lo que habéis padecido ya, tendréis que devolverle su dinero, lo que os causará pena aun más aguda.

PAJE. ¡Pero, barón, alegraos! Esta noche en casa, para donde os convidó á un ponche, os suplicaré que os riáis de mi esposa, que ahora se ríe de vos, diciéndole que Enjuto se ha casado con su hija.

MAR. (Aparte.) Doctores hay que lo dudan. Si Ana Paje es hija mía, esposa es á estas horas del doctor Cayo.

Entra ENJUTO.

ENJ. ¡Eh, oh, ah, suegro Paje!

PAJE. Hola, hola, yerno; ¿has despachado?

ENJ. ¡Despachado! ¡Lo más florido del Condado lo sabrá! ¡Ojalá me ahorcaran! ¡Vaya, ojalá!

PAJE. ¿Por qué, yerno?

ENJ. Llegué á Etonia para casarme con Anita Paje, y resultó que era un patán. ¡Á no haber estado en la iglesia, le zurro yo á él, ó él me zurra á mí! ¡Y yo tan seguro de que era Anita Paje, y era el carterillo!

PAJE. ¡Por vida mía! te equivocaste.

ENJ. ¿Á qué decirme eso? Claro está que me equivoqué, puesto que me llevé á un muchacho en vez de llevarme á una joven. Aunque me hubieran casado con él, no lo acepto á pesar de su traje de mujer.

PAJE. Lo mereces por tonto. ¿No te dije que conocerías á mi hija por el traje?

ENJ. Me dirigí á la que estaba vestida de blanco, y

le dije «calla», y me respondió «chito», como habíamos convenido, y, sin embargo, no era Ana, sino el carterrillo.

MAR. ¡Jorge mío, no te enojés! Supe lo que te proponías hacer, y vestí á mi hija de verde, y, la verdad, ahora está en el Deanato y casada con el doctor Cayo.

Entra CAYO

CAYO. ¿Dónde es la señora Paje? Parbleu! ¡Yo soy estafado! Me querer casar con un *garçon*, con un *paysan*. Parbleu! Un muchacho. No es Ana Paje. Parbleu! ¡Yo soy estafado!

MAR. ¿No escapasteis con la que iba vestida de verde?

CAYO. ¡Sí, parbleu, y estar muchacho! Parbleu! Yo sublevaré todo Windsor. (Vase.)

VAD. ¡Extraño es esto! ¿Quién se habrá llevado á la verdadera Ana?

PAJE. Mi corazón lo presiente. Aquí viene Fénton.

Entran FÉNTON y ANA.

¡Hola, señor Fénton!

ANA. ¡Padre, perdón! ¡Perdón, querida madre!

PAJE. ¿Por qué, di, no te fuiste con Enjuto?

MAR. ¿Con el Doctor, por qué no te escapaste?

FÉN. La atolondráis. Oíd lo que ha ocurrido.

Procurabais casarla con torpeza

Sin haber antes con su amor contado.

Nosotros, francamente, ya hace tiempo

Que nos comprometimos, y ahora nada

En este mundo separarnos puede.

Noble su falta es y disculpable:

Ni hay que llamar á nuestro ardid engaño,
 Desobediencia ni falaz astucia.
 Se evitan y precaven de este modo
 Horas sin fin, impuras y malditas,
 Anexas á forzados casamientos.

VAD. Cese ya vuestro asombro. No se puede
 Lo hecho ya remediar. El cielo manda
 En cuestiones de amor: siempre ha comprado
 Fincas el oro, la mujer el hado.

FÁL. (Á Paje.) Celebro infinito que á pesar de haber
 hecho tan buena punteria para herirme, vuestra flecha
 oblicuara.

PAJE. ¡Qué le vamos á hacer! El cielo os brinde,
 Fénton, dichas sin fin. Á lo hecho, pecho.

FÁL. Todos los gatos son de noche pardos.

MAR. ¡Pues bien, no digo más! Dios os conceda
 Felicísimos días á millares.

Vamos á casa, pues, amado esposo,
 Y en torno de campestre fogarata,
 Comentando esta broma nos reiremos,
 El barón inclusive. Todos.

VAD. Sea;
 Y, barón, la palabra dada á Arroyo
 Vais á cumplir, pues esta noche espera
 Dormir con la señora de Vadera. (Vanse.)